

Paola Vicenzi

Equis Equilibrio

PREMIO DE NOVELA VARGAS LLOSA 2021

LHG



hespérides

PAOLA MARÍA VICENZI

Equis Equilibrio



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022

© De los textos: Paola María Vicenzi

Madrid, noviembre 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-28-3
D. L.: M-27006-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

A los que sufren.

A los que sufren al lado de los que sufren.

A los que sostienen a los que sostienen.

*A Mónica, Valeria, Laura y Jorge.
Y en ellos, a todas las personas que trabajan,
día a día, en el ámbito de la salud mental.*

*A Carolina, Santiago y Nicolás,
motor y faro en mi vida.*

*A Marcelo, por su amor y su sensatez,
sin los cuales esta novela no hubiera sido.*

Soy víctima de un Dios frágil, temperamental
que en vez de rezar por mí, se fue a bailar,
se fue a la disco del lugar.
Quiso mi disfraz, vivir como un mortal.
Y como no logró matarme, me regaló
una visión particular.

El loco
(Babasónicos)

I

Sonia sale de la cocina con una taza de té y entra en el dormitorio. Suelta un suspiro y cierra la puerta. Va a enfrentarse con sus demonios, y quiere que sea ahí y solo ahí. La lucha no excederá los límites de su cuarto, no invadirá su vida, su todo. No esta vez. Deja la taza sobre la mesa de luz, mueve el cuello en círculos, se quita los zapatos. Intenta controlar el temblor de sus manos mientras abre el armario y busca, en el tercer cajón de la derecha, el cuaderno de tapas duras espiralado que lleva doce años sin tocar. Pero hoy puede, hoy sí. Porque viene de donde viene, porque pasó lo que pasó. Hoy puede, hoy tiene el valor.

12 de febrero

El verano se terminó de repente, lo arrancaron del almanaque, no está más. Se fue a la mierda. Desaparecieron los planes de vacacionar unos días en la costa, los vecinitos del dúplex de al lado tirándose de bomba en la pileta, las noches sentada en el césped disfrutando del rocío con una copa de vino rosado. Se borró la alegría, de un momento a otro se mandó a mudar. Sí, la alegría propia es un recuerdo borroso. La ajena, la que percibo en sordina a través del ligustro, me da envidia y me da bronca.

No entiendo mi vida, no entiendo qué pasa, qué le pasa, qué me pasa. No entiendo lo que pasó para que esto pase. No entiendo nada.

13 de febrero

Cuando era chica tenía un diario al que le contaba mis amores imposibles, las peleas con mi hermana, la cada vez más tensa relación entre mamá y papá... Lo que sentía, lo que pensaba, lo primero que se me pasaba por la cabeza. Y ponerlo ahí, en el papel, me aliviaba, mucho me aliviaba. Por eso ayer, cuando volvía de la farmacia, paré en la librería y compré este cuaderno gordo de tapa dura tamaño oficio. Espero el mismo alivio, lo necesito.

No sé ni cómo empezó todo esto. O sí sé, en el sentido de que puedo ubicar el momento en que tuve la idea, vaga al principio, de que algo no andaba bien.

Una noche salí a dejar la basura en el canasto y vi una bolsa de consorcio repleta que me llamó la atención. La abrí, miré, y fui directo al cuarto de Martina. Me encontré con las paredes desnudas. Y no solo las paredes, ni una muñequita ni una bola de nieve, ni uno solo de los objetos que con tanto amor y cuidado había ido coleccionando a lo largo de los años. Los que le habíamos regalado en cumpleaños y navidades, los que compraba con sus ahorros y esos con los que sus abuelos la habían consentido. Martu amaba a las princesas de Disney, y de pronto ni rastro de Aurora, Mulán, Pocahontas, Jasmín... ni siquiera de Ariel, su favorita indiscutida. ¿Le daría vergüenza, a los diecinueve, seguir con esas cosas? No, no podía ser eso. La mayoría de sus amigas compartían la pasión por la animación, los cómics, las princesas y todo ese universo que fascinaba a Martina. Con las chicas no se perdían una exposición de esas a las que muchos van disfrazados de personajes y qué sé yo qué. No, claro que no podía ser eso... Cuando llegó y vio que la bolsa estaba en el suelo de la cocina, sin decir una palabra la agarró y volvió a llevarla al canasto. Le pregunté por qué hacía eso, y me contestó «es obvio, mamá». Le dije que le podía regalar las cosas a una de las vecinitas o llevarlas a la parroquia. Entonces me miró con una cara que nunca le había visto y me contestó que ella no era una asesina.

No sé si me encogí de hombros, si suspiré, si pensé qué cosa estos adolescentes... no sé, pero de alguna manera me conformé, pasé el momento y seguí preparando la cena.

Al otro día amanecí temprano, y me senté con el termo y el mate en el jardín. Pensaba cómo organizar mi semana. Tenía agendadas varias clases particulares, de las que se cobran bien: un editor que necesitaba mejorar su francés para acompañar a

un autor en su próxima gira, una curadora de arte, varias alumnas del liceo que iban a rendir en marzo.

Tenía que aprovechar las últimas semanas de febrero. Pronto las clases en el colegio y en el instituto me iban a ocupar la mayor parte del tiempo y ya no iba a tener esos extras que tan bien nos venían. Además, quería estar para Martina, que estaba entusiasmadísima con arrancar la facu.

Antes queríamos pasar tres o cuatro días en Cariló o Mar de las Pampas... Tres o cuatro días, la economía no me daba para mucho más. Mantener un dúplex de dos dormitorios con un pedacito de jardín en zona norte no es poca cosa para una profesora de secundaria viuda. Los servicios, los impuestos... y encima la comida, la ropa, la prepaga. Dios. Pero esos tres o cuatro días pensaba tomar revancha y me iba a olvidar del mundo.

Nos sentamos a comer una tarta de verduras, y, como siempre, puse el canal de noticias. Noté que el pie derecho de Martina repiqueteaba en el parqué, y que ella no tocaba el plato. «¿Qué pasa, hija?», le pregunté. Yo sabía que no era amiga de las espinacas, aunque nunca era para tanto. «¿No ves?», dijo señalando la tele con el tenedor. «¿Si no veo qué?». «Dale, no te hagas la idiota». La miré. Un llanto me subió por la garganta. Quise decirle cómo le vas a hablar así a tu madre, o qué te pasa, Martu, qué te pasa... pero no me salieron las palabras. Ella se levantó, estrelló el vaso de agua contra el suelo, y gritando «Ya está, ya está, ya empezaron», se encerró con un portazo en su cuarto.

EL CUERPO DE LA ADOLESCENTE FUE ENCONTRADO EN UN DESCAMPADO, decía el zócalo de las noticias.

Estuve un rato largo golpeándole la puerta, cerrada con llave. Me aullaba (porque no eran gritos, no, eran aullidos) que la dejara en paz, que me fuera, que se había dado cuenta de que yo también. «¿Yo también qué? ¿Yo también quéééé?», le grité hasta quedarme sin voz. Tenía los puños colorados y la garganta seca.